

## **Pero ... ¿Hubo una Ilustración en España?**

Aunque con una menor duración e intensidad que la conocida *Polémica de la Ciencia Española*, los historiadores han discutido si en la España del XVIII hubo una ***Ilustración Española*** con caracteres netamente autóctonos entre los que descollaba su religiosidad católica o si por el contrario las manifestaciones hispanas fueron un reflejo de la Ilustración Europea, con obras mercenarias debidas unos autores protegidos por el Despotismo Ilustrado y siempre al amparo de la voluntad -o quizá del capricho-, de los gobiernos de turno.

La Ilustración ha sido definida de muy diversas maneras y desde muy diferentes ópticas: como una etapa histórica en el siglo XVIII, que puso especial énfasis en los cambios culturales; como herencia del Renacimiento y el Barroco con interés específico en los aspectos formales; como una época ideologizada que quiso disipar las tinieblas de la Humanidad con las Luces de la Razón. La definición con mayor contenido conceptual surgió de una mente muy compleja, pero que en esta ocasión hizo gala de una claridad meridiana, y así Inmanuel Kant la definió como:

***“La mayoría de Edad de la razón...el intento del hombre para salir de la puerilidad mental...que es la incapacidad de usar la propia razón sin la ayuda de otros...con el valor de servirse del propio entendimiento para pensar sin ayuda ajena”.***

Su herramienta esencial para la transformación humana sería la Educación y sus metas irrenunciables la Felicidad y el Progreso.

Antecedentes de los ilustrados fueron Erasmo de Róterdam: *Enchiridion militis Christiani* (1503); Galileo Galilei: *Sidereus Nuntius* (1610); Renato Descartes: *Discurso del método para dirigir bien la razón* (1637); Francis Bacon: *Novum organum* (1620); Baruch Spinoza: *Ethica more geometrico demonstrata* (1677); Wilhelm Leibnitz: *De Theodicee* (1710) e Isaac Newton: *Philosophae principia matemática*, (1687). Si bien es cierto que no todas ellas causaron un impacto similar, también lo es que conformaron la base imprescindible para alcanzar la cima del saber en la Europa del siglo XVIII.

Conceptualmente la Ilustración Europea consistió en una suma de aportaciones nacionales donde destacan: Francia con la *Enciclopedia o Diccionario Razonado de las Ciencias y las Artes* dirigida por Denis Diderot y Jean le Ron D’Alembert y con *El Contrato Social* del suizo Jean Jacob Rousseau; el Imperio germano con Inmanuel Kant, *Crítica de la Razón Pura* y Cristian Wolf: *Teología Naturalis*; el Reino Unido con John Locke: *Ensayo sobre el entendimiento Humano* y también David Hume: *Tratado de la naturaleza humana*; y la península Italiana con Cesare Beccaría: *De los delitos y las penas*. Con ineludibles discrepancias nacionalistas se admite que puede hablarse de una

Ilustración Francesa y otra Inglesa, mientras en el resto de países europeos cabe citar a autores ilustrados, pero no referirse a una Ilustración nacional específica.

En España, debemos partir de lo que Pablo Fernández Albaladejo llamó *las resistencias del medio*: la férrea oposición que el poder religioso apoyado por la masa social, ofrecía a cuanto tuviese alguna connotación de novedad. La nobleza y el clero lo hacían para defender sus privilegios y el pueblo llano porque desde niños se les imbuía que lo más antiguo de todo era Dios, compendio de todo lo bueno; y como lo opuesto a lo antiguo es lo nuevo, toda novedad sería necesariamente nefasta y como resultado el valor intangible de la Tradición era un argumento inobjetable.

Guardián del sistema dotado aun de un enorme poder era el *Tribunal del Santo Oficio del Consejo de la Suprema y General Inquisición contra la Herética Pravedad y Apostasía*, pues al tiempo que un tribunal eclesiástico era un Consejo de Gobierno de la Monarquía, como los Consejos de Castilla, de Hacienda, de Guerra, o el de Marina e Indias. Y aunque sus *Autos de Fe* ya carecían de la crueldad y la extrema violencia de siglos precedentes, aun se celebraron como una *pedagogía del miedo* muy efectiva. Y en el clero regular lo apoyaban con un extraordinario celo personas como fray Diego José de Cádiz quién denunció a la Sociedad Económica de Amigos del País de Zaragoza por dotar una Cátedra de Economía, oponiéndose al intento con el peregrino argumento de que si Dios hubiese querido que tales cátedras existieran *Él las habría creado*. Lo más fascinante de este caso es que el *Ilustrado* Consejo de Castilla admitió la denuncia y el obispo de Zaragoza hubo de utilizar todas sus influencias para frenar aquella ofensiva ultramontana. Y por lo que concierne a la actividad civil, a don Pedro de Olavide, el organizador de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía, lo condenó en el célebre *Autillo de Olavide*, en el que se le desterró a Francia.

Con todas sus luces y sus sombras en cada uno de sus monarcas fue la Dinastía Borbónica entronizada al concluir la Guerra de Sucesión quien apoyó en mayor o menor medida la aparición de ideas ilustradas en España, no tanto como un *modelo ideológico* sino como palanca para la transformación de los *Reynos y Territorios* en *el Reino de España*, pues a pesar del consejo que el Conde-duque de Olivares dio a Felipe IV en el siglo anterior:

*Tenga Vuestra Majestad por el negocio más importante el ser Rey de España, no sólo de Castilla, de León ...,*

a finales del XVIII el monarca hispano aun se intitulaba:

*“Don Carlos IV, por la Gracia de Dios Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Menorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córcega, de*

*Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Gibraltar, de las Islas de Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, Archiduque de Austria, // Duque de Borgoña, de Bravante y de Milán, Conde de Augspurg, de Flandes, Tirol y Barcelona, Señor de Vizcaya y de Molina, etc.*

Antes y después del *Motín de Esquilache* -que mas allá de lo anecdótico del recorte de las alas del sombrero chambergo que ocultaba el rostro de los facinerosos-, se trató de una decena larga de revueltas populares, unos *motines de hambre* debidos a la abolición de la *tasa del trigo* que había mantenido artificialmente bajo el precio del pan, aparecieron figuras como Ensenada, Esquilache, Aranda, Floridablanca, Campomanes y Godoy. Todos con mayor o menor inteligencia y/o fortuna, pero siempre enfrentados en feroces luchas políticas entre sí, mientras que cada uno creaba “*sus propias hechuras*”, es decir lo que hoy conocemos como “**grupos de interés**” que combatían por conseguir el poder y el Gobierno, mientras por su propio interés apoyaron la aparición de las ideas ilustradas como soporte teórico necesario para sus reformas.

Tras la movilización de ingentes recursos financieros, los mayores instrumentos para el cambio ilustrado fueron las Academias militares, las expediciones científicas, los astilleros y las maestranzas; los jardines botánicos y las Reales Academias de la Lengua, de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, aunque muy significativamente la Academia de Ciencias no fue erigida hasta 1847. En un nivel operativo muy inferior surgieron las *Sociedades Económicas de Amigos del País*, de las que se fundaron más de un centenar aunque en su gran mayoría tuvieron una vida efímera, las *Sociedades Patrióticas* y las *Reales Fábricas*. Un conjunto de instituciones diversas y con diferente éxito en función de tres premisas esenciales: su cercanía a la Corte, el montante de los fondos asignados a su tarea y la aparición -o la carencia-, de mecenazgos autóctonos.

El punto de partida de la penosa recuperación científica hispana podemos situarlo en la *Carta filosófica Médico-Chímica* de Juan de Cabriada, manifiesto escrito en 1687, aunque no fue impreso hasta diez años mas tarde y que les reportó -a él y sus seguidores-, el apelativo de “**Novatores**” (es decir: amigos de las novedades), lo que era considerado una grave ofensa en el mundo científico. Juan Bautista Corachán y sus *Disertaciones físicomatemáticas*, obra que permaneció manuscrita hasta el siglo XVIII y su *Aritmética teórico-práctica demostrada* (de 1699) y Tomás Vicente Tosca con su *Compendio Matemático* (en 9 tomos no impresos hasta 1727), fueron los matemáticos importantes de la época; pero aunque se ha afirmado lo contrario, ninguno abordó el método *integral* ni *diferencial*, que medio siglo mas tarde todavía eran rechazados en el *Plan de Estudios de la Escuela de Artillería* debido a su difícil comprensión por los cadetes. Aunque quizá también tuviese algo que ver que el General Jefe de la Artillería

seguía empeñado en resolver el *movimiento continuo* y la *cuadratura del círculo*. La **Nueva Matemática** no fue divulgada hasta finales de siglo por Benito Bails: *Elementos de Matemáticas* (11 vols. Editados entre 1772 y 1783) y también por José Chaix en su *Cálculo diferencial e integral*.

La Ciencia Ilustrada surgió en España con la expedición a Perú del marino galo La Condamine, que de 1735 a 1746 comandó la expedición franco-hispana para medir un grado de meridiano, una tarea que debía confirmar la falta de esfericidad perfecta de la Tierra. Este viaje inició un ciclo de 15 grandes expediciones marítimas y más de 50 exploraciones terrestres que además de fijar la Geografía física y política del Imperio de Ultramar, consolidaron el saber botánico hispano, aunque ya contaba con dos centurias de experiencia americana. La penosa situación que sufrían los científicos españoles se hizo patente en la perentoria necesidad de ascender a dos simples guardiamarinas, don Jorge Juan y don Alejandro de Ulloa, al *empleo* de tenientes de navío, pues tal era la menor de las graduaciones que ostentaban los científicos franceses que componían la expedición. Al regreso Jorge Juan y Ulloa pretendieron publicar un libro con sus aportaciones: se llamaría *Observaciones Astronómicas y Físicas hechas de orden de S. Mag. en los Reynos del Perú*, pero la Iglesia negó su *Imprimatur* pues en el Prólogo mencionaban la rotación de la Tierra, la teoría heliocéntrica que los jesuitas enseñaban abiertamente en Roma (y también en el Colegio Imperial de Madrid, pero aquí lo hacían reservadamente), que ya había sido reconocida por toda la Europa Científica, pero aun absolutamente prohibida en estos Reinos.

Ni siquiera la regia intervención en su favor logró quebrar el veto inquisitorial y sólo años más tarde, en la 2ª edición, pudieron publicar el Prólogo en su versión íntegra. Dado que la Botánica, la Farmacopea, la Medicina y la Química no rozaban el *dogma aristotélico* fueron unas ciencias que pudieron avanzar junto a Jardines Botánicos y el Observatorio Astronómico de la Marina, que gozaban de la protección -y de excelente financiación-, de las autoridades. Antonio de Gaztañeta y su *Norte de Navegación*; Jorge Juan y Antonio de Ulloa en la *Relación Histórica del viaje a la América Septentrional* y en su *Estado de la Astronomía en Europa*; José de Mazarredo con sus *Tablas de Navegación* y Vicente Tofiño en el *Derrotero de las Costas de España*, consiguieron recuperar alguna parte del prestigio que los libros hispanos de navegación habían obtenido dos siglos antes.

España nunca destacó por su periodismo científico pero tras un fallido intento en Madrid fue en Málaga donde surgió -aunque brevemente y sin completar su ambicioso proyecto editorial-, el periódico *Ejercicio de las Ciencias que tratan de la Cantidad*

y *Semanero Malacitano* que prometía abordar el cálculo infinitesimal, aunque pronto desapareció por motivos económicos no pudiendo cumplir su intención.

Un historiador español, especialista en la Historia de la Ciencia y de la Técnica, afirmó que ésta última: “*se inventa, se compra o se roba*”, un aserto comprobado en innumerables ocasiones y que constituía la base del espionaje militar hispano encubierto tras el eufemismo de *viajes de estudio*, actividad peligrosa en la que también destacó Jorge Juan. Con técnica que vece era propia pero mayormente importada, los astilleros y maestranzas, los canales de transporte e irrigación y las presas hidráulicas aumentaron en capacidad y eficiencia, mientras las manufacturas quedaban a considerable distancia de los países avanzados de Europa, especialmente en lo que se refiere a la siderurgia y a la producción textil.

Por lo que concierne a los estudios humanísticos, no cabe la menor duda de que la distancia entre España y el Europa era abismal y que incluso aumentó por las razones ideológicas ya expresadas, puesto que la apertura del pensamiento hispano y su acceso a las nuevas ideas era imposible mientras el *Imprimatur* estuviese fiscalizado por el Santo Oficio que prohibía la lectura de publicaciones extranjeras, hasta el punto de que hasta los obispos españoles debían pedir permiso especial para leer *La Enciclopedia* francesa, por lo que contrabando era la única opción, viable aunque peligrosa.

Hasta tal extremo había llegado la censura que el rey Felipe V ordenó al Consejo de Castilla prohibir que nadie -fuese persona o institución-, atacase a fray Benito J. Feijoo, pues su obra *Teatro Crítico Universal* -una simple traducción de un semanario popular francés que el adaptaba a la mentalidad hispana-, era vilipendiado por algunas de las órdenes monásticas.

En aquella España, la invención técnica era tarea inviable, pues lograr una *Real Cédula de Privilegio* para fabricar una máquina diferente a las ya conocidas obligaba a afirmar categóricamente que **no se trataba de ninguna novedad**, sino que tal solicitud se hacía para recuperar el uso de un ingenio muy antiguo... que el peticionario había rescatado del olvido; y aun así las dificultades resultaban insuperables si la solicitud no iba avalada por una *persona de calidad*. Como era lógico la capacidad inventiva iba desapareciendo y lo que único que encontramos en los archivos hispanos son proyectos ilusorios. Ante tan absoluta carencia, la Monarquía Hispánica tuvo que gastar miles de ducados para adquirir -en Londres y de forma legal-, los instrumentos que necesitaban los científicos hispanos, mientras en paralelo decenas de *viajes de estudio* efectuados por militares, que eran espías mas o menos encubiertos, alimentaron muchos legajos del Archivo Histórico General y del Archivo General de Simancas con centenares de cartas

cifradas (y con su correspondiente traducción al español), en las que daban cuenta de sus andanzas por las principales capitales europeas.

Debido a que la **Primera Revolución Industrial** ya iba tomando velocidad en el Reino Unido de Gran Bretaña la plétora de espías europeos en Londres casi colapsaba la capital británica hasta el punto de que por Londres circulaba un chascarrillo según el cual con frecuencia el rey Jorge III inquiría irónicamente a su Primer Ministro William Pitt: *“Milord ¿Cuántos espías ha detenido su policía esta semana?”* A lo que con su mayor flema británica el Jefe del Gabinete le respondía: *“Sire, dos menos de los que han entrado”*. Pero, bromas aparte, es cierto que Jorge Juan logró salvarse cuando ya estaba a punto de ser cazado *in fraganti*, aunque antes había conseguido enviar los esquemas de máquinas aquí desconocidas y logrado que algunas familias de artesanos cualificados vinieran a trabajar a España. Igualmente consiguió instalar una **Máquina de fuego** para desaguar un dique del arsenal de la Marina, proporcionando la información precisa para que los ingenieros españoles las fabricasen aquí, aunque los resultados no fueron concluyentes; lo que quizá fuese una forma política de confesar que no llegaron a funcionar nunca por lo que hubo que comprárselas al Reino Unido, casi cuando ellos ya trabajaban con máquinas de doble efecto.

Las presas y los canales de riego y transporte -algunos ya iniciados en el siglo XVI como el **Canal Imperial de Aragón**, *“la mar de Ontígola”* y otros novedosos como el Canal de Castilla o la presa de Tibi-; arsenales y maestranzas de Artillería, todos ellos bajo la dirección técnica de ingenieros militares, formaron la punta de lanza hispana de los progresos técnicos. E incluso a veces introduciendo mejoras, como ocurrió con la fabricación de los cañones de bronce *“in solidum”* -para evitar los “escarabeos” que aparecían en la fundición sobre molde-, y el posterior barrenado del ánima de cañones para la Marina Real.

Pero no cabe hacerse ilusiones a este respecto, pues la distancia abisal entre la técnica británica y la española se evidencia en la comparación entre las respectivas maquinarias textiles y de precisión. Por supuesto que la **máquina de doble efecto de Watt** -salvo quizá para Betancourt y Lanz-, y la fundición de hierro con carbón mineral eran conocidos en España, pues ya entrado el siglo XIX una comisión ministerial de **expertos ministeriales hispanos** aseguraban en un informe para el Gobierno *que conseguir hierro fundido con carbón mineral era -y los sería siempre- una quimera*, difundida por los ingleses para causar pánico en sus enemigos, informe emitido cuando los Darby llevaban casi un siglo produciendo arrabio con carbón mineral coquizado, lo que era evidente -y se podía comprobar-, en el puente sobre el río Severn, montado en

1779 por Abrahan Darby III, quien años mas tarde formaría sociedades industriales con unas figuras señeras de la técnica y las finanzas como James Watt, Matthew Boulton y John Wilkinson unos espíritus burgueses y aventureros insólitos en España.

A finales del siglo surgieron nuevas figuras de la ciencia y la técnica, como el canario Agustín de Betancort, el novohispano José María Lanz, el valenciano José Chaix, el malagueño Juan López de Peñalver (hijo del fundador del citado *Ejercicio de las Ciencias y Semanero malacitano*), y el catalán Francisco Salvá y Campillo, todos ellos hombres de la *Nueva Ciencia* que destacaban por sus conocimientos en Cálculo integral, Ingeniería, Mecánica, Hidráulica y Física. La Revolución Francesa sorprendió a Betancort y a López de Peñalver en viaje de estudios por tierras galas y a su regreso un informe de la Inquisición acusaba al malagueño de “*volver inficionado por el virus de la libertad*”, lo que unido al previo tropiezo con el Santo Oficio por haber traducido dos obras teatrales alemanes quizá prefiguraron su infausto futuro. Y quizá también el porvenir del grupo, pues la mayoría de ellos se declararon partidarios del gobierno josefino con el que colaboraron activamente, por lo que mas tarde sufrieron ostracismo. Betancort emigró a Rusia donde hoy le consideran una figura científica propia; López de Peñalver, represaliado al retornar el Absolutismo, fue un precursor de la Econometría en España. José Chaix, matemático y cosmógrafo eminente, participó en los estudios previos a la implantación del Sistema Métrico Decimal y mas tarde fue incorporado a un equipo internacional promovido por Francia para medir de un grado de meridiano, pero esta vez en la Península Ibérica.

Tras la muy tardía fundación en Madrid de la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos -cuya dirección se encomendó al tinerfeño-, los precitados trabajaron en ella: el malagueño dio a la imprenta el *Catálogo de las Máquinas del Real Gabinete*, aparecido en 1792 y su *Descripción de las Máquinas del Real Gabinete* aparecida en 1795; José Chaix publicaba el primer tomo de sus *Instituciones de Cálculo Diferencial e Integral* en 1801; y Betancourt y Lanz su *Essay sur la composition des Máchines*, (París 1808), traducido posteriormente al español. Estudios recientes afirman que Agustín de Betancort consiguió elevar un globo aerostático en noviembre de 1783, la misma fecha en que los hermanos Montgolfier llevaban a cabo sus demostraciones en Versalles. En Cataluña la aerostación la inició Francisco Salvá y Campillo, médico de formación aunque dedicó sus desvelos a la Física y más específicamente a la novedosa energía eléctrica, quien también fue autor de un libro sobre su aplicación a la telegrafía, luchando por la instauración de líneas eléctricas para sustituir a los telégrafos ópticos, el mayor desarrollo de la telecomunicación de aquella época.

Por lo que se refiere a las Humanidades no habrá que insistir en el hecho de que hallaron la máxima resistencia académica y religiosa, pues su *peligrosidad espiritual* había sido constatada en siglos anteriores. No obstante, la exigencia del *Imprimatur* y la amenaza del *Index Librorum Prohibitorum* a pesar de su cercanía a la Inquisición no constituían una barrera infranqueable para quienes desafiaban el peligro de aumentar su horizonte mental, pues el contrabando de libros extranjeros -al igual que los panfletos de gestación hispana-, proliferaban con tal profusión que únicamente el elevadísimo índice de analfabetismo limitaba la difusión de la información prohibida, escritos diversos que iban desde la simple denuncia política y social, pasando por la sátira, hasta desembocar en el libelo.

El arte -y más específicamente la pintura y la escultura-, habían sido y seguían siendo poderosos instrumentos para educar espiritual y socialmente a la inestable masa popular, por lo que la sustitución del viejo modelo ideológico barroco basado en las emociones, por el Neoclásico fundado en el raciocinio que propugnaban los políticos y el Alto Clero Ilustrado, chocó con una tradición que aun hoy día se hace evidente en los madrileños puente de Toledo e Iglesia de las Calatravas, obras en la que los hermanos José y Alberto Churriguera dieron rienda suelta a aquella vetusta estética que todavía predominaba en el gusto popular. Pero muy poco después -ya bajo el imperio estético e ideológico de la Academia de Bellas Artes de San Fernando-, Churriguera se unió a Antonio Villanueva para implantar los cánones neoclásicos que preconizaba -y también financiaba-, el Poder político.

La Literatura, escasamente difundida, y el Teatro, que pese a ser un portentoso instrumento para la educación de las masas concitaba un rechazo eclesiástico y concejil patente en repetidas pragmáticas contra el arte de Talía, sufrieron un retroceso evidente si comparamos las obras clásicas y barrocas con las decimonónicas. El ya citado Feijoo; el jesuita José de Isla, en su jocosa y didáctica obra *Fray Gerundio de Campazas (alias Zote)*; el cáustico militar José de Cadalso y sus *Cartas Marruecas*; el desengañado León de Arroyal en sus *Cartas al Conde de Lerena* -y algo más tarde en *Pan y Toros*-, llenaron la segunda mitad del siglo XIX de lúcidas y amargadas arengas, en un vano intento de modificar los rumbos políticos y el devenir social. Con decir que Leandro Fernández de Moratín y su *obrita* -pues no da para más-, *El sí de las niñas*, fueron tenidos por la cumbre del teatro dieciochesco, se evidencia el gravísimo retroceso del impulso creador literario, tanto en el plano técnico-estético cuanto en el ideológico.

En la Historia si que hubo un cambio radical en los aspectos heurísticos y en su amplitud temática y aunque en la obra cumbre fue la *España Sagrada* del padre



Enrique Flórez, se empiezan a rechazar como fundamentos válidos la **Tradición** y los “**falsos cronicones**”, unas consejas inventadas y transmitidas durante siglos referidas a Santos Mártires del siglo IV “**masacrados por los moros**” y a unos Concilios nunca celebrados, como los citados en los **Plomos del Sacromonte**, por cuya falsificación fue condenado un canónigo que mas tarde hubo de publicar sus *Conversaciones Históricas Malagueñas* a nombre de su sobrino por tener cuentas pendientes con la Inquisición. El valenciano Gregorio Mayáns profundizaba y depuraba las viejas **biografías**; el aragonés Ignacio Jordán de Asso abordaba la **Historia Económica e Instituciones Medievales** y un aristócrata malagueño, el marqués de Valdeflores, se sumergía en el conocimiento de los alfabetos de unas lenguas ya desaparecidas.

Llegado el momento de pronunciarse sobre la duda planteada en el título de este trabajo es preciso resaltar una serie de realidades contradictorias que los estudiosos han puesto de relieve. Para Carlos Martínez Shaw si que hubo un foco ilustrado, esencial y de una gran magnitud -pero siempre en términos relativos frente a Europa-, como fue la Ilustración Madrileña, o Ilustración Cortesana. El Soberano y su Corte fueron el centro irradiador por su capacidad política y financiera, de cuantas iniciativas aparecieron en el Reino, de forma que el **visto bueno** de la Sociedad Matritense era el impulsor inicial -y además el validador imprescindible-, de las iniciativas aparecidas en el resto de España.

No obstante también hay que reconocer la existencia de algunos territorios que crearon sus propias **Ilustraciones periféricas**, destacando sin duda alguna el **Seminario de Vergara** (la Sociedad Bascongada de los Amigos del País), la primera aparecida en España debida al mecenazgo de Xavier María Munibe, Conde de Peñaflorida, orientada prioritariamente hacia la ciencia aplicada y donde trabajaron los hermanos Elhuyar, los descubridores del Wolframio. El canónigo Ramón Pignatelli fue el *alma mater* de la Sociedad Aragonesa de Amigos del País de Zaragoza, que pese al citado tropiezo inicial con el inefable fray Diego José de Cádiz fue una de las mas activas de toda la Corona. La Ilustración Catalana tuvo en Jaime de Capmany a su principal figura y si bien allí nunca se fundó una Sociedad Económica de Amigos del país, si surgieron iniciativas culturales dinámicas y orientadas a fundamentar las bases de la economía catalana. En Andalucía aparecieron brevemente las **Academias** fundadas por Jorge Juan y Santacilia en Cádiz y Pablo de Olavide en Sevilla y aunque luego surgieron otras Sociedades de Amigos del País en diversas poblaciones, ninguna de ellas aportó iniciativas de una cierta trascendencia.

Para comprender en profundidad los avatares de la Ilustración en España resulta imprescindible tener muy presentes tanto el **peso insoportable de la Tradición**, cuanto

la carencia de una dinámica política renovadora, circunstancias no tanto debidas a una total abulia social y política cuanto a la enorme potencia de los poderes remanentes.

Un ejemplo paradigmático se puede hallar en el *Expediente de la Ley Agraria*, una iniciativa que algunos historiadores suponen derivada del estrepitoso fracaso de la **Única Contribución**, el magno proyecto hacendístico de don Zenón de Somodevilla y Bengoechea, marqués de la Ensenada. A partir del año de 1766, todos los Intendentes de Provincia, con el apoyo de autoridades concejiles, debían confeccionar unos informes del estado de la Agricultura en los territorios a su cargo; y a pesar de que no encontraron la resistencia numantina de los **poderosos**, antes despertada por el famosísimo *Catastro de Ensenada*, la prospección se fue llevando a cabo con una lentitud desesperante, pero perfectamente previsible. Por ello cuando en 1795 Gaspar Melchor de Jovellanos realizó su *Informe sobre el Expediente de la Ley Agraria* que el Real y Supremo Consejo de Castilla había solicitado a la Sociedad Matritense -y que ésta institución delegó en el ilustre asturiano-, la realidad del campo español ya nada, o en todo caso muy poco, tenía que ver con los informes recibidos: fue otro inmenso gasto que resultó totalmente inútil y una nueva ocasión perdida por la lentitud y la incuria: dos lacras eternas de la política hispana.

Una peculiaridad de la Ilustración Española es la presencia de una figura que sin aparecer mucho en el *nomenclator ilustrado* mantuvo una encomiable actitud ética muy difícil de defender en su época. Se trata de Fray Martín Sarmiento: lingüista, botánico, médico, compañero de Orden y buen amigo de Feijoo, un abanderado contra la pena de muerte, actitud no solo insólita en la España dieciochesca sino que tampoco contaba con muchos defensores en todo el Continente Europeo.

Sin que pueda caber duda alguna sobre su calificación como relevantes figuras de la España Ilustrada aparecen el alicantino don Jorge Juan y Santacilia y el sevillano don Antonio de Ulloa de la Torre-Giralt, pero aun continúa siendo un enigma cómo dos jóvenes de 20 años tenían ya una formación matemática al nivel de unos militares galos totalmente formados y elegidos para conformar un equipo científico en el que su patria depositaba una confianza ilimitada. Apelativo de Ilustrados también cabe aplicar al trío vinculado a la Escuela de Ingenieros de Caminos de Madrid, (Betancourt, Lanz y López de Peñalver), tanto por el indudable reconocimiento internacional que recibieron cuanto porque sus aportaciones tomaron carta de naturaleza en el desarrollo finisecular de la Ciencia y la Técnica hispanas. Tampoco cabe escatimarle méritos al catalán Salvá y Campillo, adelantado de los experimentos en el terreno de la novedosa electricidad.

Las elogiosas palabras que el prestigioso científico Alexander Von Humbolt le dedicó al desarrollo científico de una disciplina específica: **“...y pocas naciones pueden compararse a España en el descubrimiento y conocimiento de las Ciencias Naturales ...”** tenían una magnífica base, pues no en balde los estudiosos españoles de las centurias XVI y XVII habían dispuesto -y aprovechado espléndidamente-, de unos territorios vedados a los científicos extranjeros. Pero no todos los comentarios foráneos discurrieron por tan amables derroteros, pues Cristiano Herrgen (quien no había venido en un cómodo **“viaje diplomático”** con el único fin de obtener permiso para estudiar la flora americana como Humbolt), sino que trabajó duramente en España durante unos años aportando sus conocimientos y sus esfuerzos, dejó una valoración mucho menos optimista, quizá porque la conoció y la padeció desde dentro:

**”Jamás podrá hacerse idea de este desgraciado país. Las enormes sumas que España gasta en fomentar las ciencias no se aplican en ningún lugar del mundo a estos fines. Pero a pesar de tanto gasto no se ha progresado nada por ahora. Falta una dirección competente y faltan los conocimientos en la cabeza de quienes tienen en sus manos este asunto”.**

No toda la culpa de los desaciertos e incapacidades de los políticos ilustrados les correspondió en exclusiva, pues nunca se puso demasiado interés -un **“nacionalismo”** mal entendido y complaciente ha tenido mucha parte de ello-, en educar al pueblo, ni en llevarlo por la senda del patriotismo generoso sino del localismo aldeano. No entramos en consideraciones jurídicas sobre los “justos títulos” de José I Bonaparte para ceñir la Corona Española, aunque si debe recordarse que “los Reynos” eran “nuda propiedad” del Monarca que podría cederlos a voluntad a quien quisiese, lo cual hizo Carlos IV con Napoleón cambiándolos por una espléndida pensión, e igual prerrogativa tenía luego el Emperador francés para transmitírselo a su hermano.

Algunos historiadores reconocen que José Napoleón fue el monarca de España que con mayor empeño intentó combatir las infinitas lacras que padecía la población española y que quizá hubiese conseguido -al menos en parte-, sus deseos si su cortísimo reinado no hubiese coincidido con el declinar del poder Imperial. E incluso han hecho hincapié en que los motes de Pepe botella y el Rey Pepino con que le obsequiaron sus súbditos eran -cuando menos el primero-, injustos.

Dos reconocidos hispanistas, el francés Jean Sarrailh, en *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII* y el estadounidense Richard Herr en su *España y la Revolución del siglo XVIII*, abrieron dos ventanas al estudio de una época que por razones ideológicas había estado cerrada durante muchos años para la investigación autóctona. Sus aportaciones -cada una de ellas con un diferente enfoque metodológico

pero ambas profundas y bienintencionadas-, no despejan, al menos en mi opinión, la duda expresada en el título.

Dos tendencias historiográficas han suscrito posiciones antagónicas al respecto: de un lado están quienes afirman que sin duda alguna existió una Ilustración Española con un carácter netamente cristiano y defensora de los valores de la catolicidad. Del otro quienes creen que habiendo sido la Ilustración Europea el instrumento ideológico de una pujante burguesía es imposible hallarla en una nación como España, que habría carecido de núcleos burgueses de considerable entidad salvo en dos poblaciones como Barcelona y Cádiz.

Ambos argumentos han sido ampliamente esgrimidos y rebatidos sin llegar a un punto común de entendimiento y quizá el punto de inicio para un posible acuerdo sería partir de la premisa de la carencia de un mismo contenido, semántico y conceptual, de los enunciados: “La Ilustración Española” y “La Ilustración en España”.

Siro Villas Tinoco  
Catedrático de Historia Moderna.  
Numerario de la Academia Malagueña de Ciencias.  
Numerario de la Academia de Bellas Artes de San Telmo.  
Correspondiente de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes  
Córdoba.